



ch 27

FEEL
SON



COLOM

Benjamin, Walter
Sueños inéditos (1929-1939)
- 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
Buchwald Editorial, 2023.
Traducción de: Enrique Salas

Imagen de tapa: Käthe Hoch, *Neubau*, 1927



Buenos Aires / Argentina

Walter Benjamin

Sueños inéditos (1929-1939)

Demasiado cerca

En el sueño, estaba a la orilla izquierda del Sena, frente a Notre Dame. Estaba ahí, pero no veía nada que se pareciera a Notre Dame. Solo un edificio de ladrillo que sobresalía más allá de los últimos tablones de su encofrado de madera. Pero yo insistía, angustiado, que estaba frente a Notre Dame. Y lo que me angustiaba era la ansiedad. Ansiedad por la misma París en la que me encontraba en el sueño. Pero ¿por qué ansiedad? ¿Y de dónde salía ese objeto desfigurado, irreconocible? Era esto: en el sueño me había acercado demasiado a él. El extraño deseo que se había apoderado de mí en el sueño, en el seno de lo anhelado, no era lo que, desde la distancia, se precipita en imagen. Era un deseo alegre, el que ya atravesó el umbral de la imagen y la posesión, y sólo conoce la fuerza del nombre, desde donde lo amado vive, cambia, envejece, rejuvenece y, sin imágenes, es refugio de todas las imágenes.

Una vez más

En el sueño, me encontraba en el Internado rural de Haubinda, donde crecí. Había dejado atrás el edificio de la escuela y cruzaba el bosque, que estaba desierto, camino a Streufdorf. De pronto, dejó de ser un lugar donde el bosque termina abruptamente y comenzaba la llanura en la que se abría el paisaje: el pueblo y la cima del Straufhaim. Sin embargo, después de subir a la cima de una colina poco empinada, noté que a partir de ese punto caía casi verticalmente. Desde esa altura, que iba disminuyendo a medida que avanzaba, miré el paisaje a través de un óvalo formado por copas de árboles, como si se tratara de un antiguo portarretratos negro de ébano. No era el paisaje que tenía en mente. A orillas de un gran río azul, estaba Schleusingen, normalmente mucho más lejos, y dudaba si era Schleusingen o Gleicherwiesen. Todo parecía recién pintado y predominaba un negro espeso y húmedo, como si fuera la pintura de un campo que, en el sueño, acababa de volver a ser dolorosamente labrado, un campo en el que las semillas de mi futura vida ya habían sido sembradas entonces.

Diario de Ibiza - Verano de 1932

Un sueño de la primera o segunda noche de mi estadía en Ibiza: era entrada la noche, yo regresaba a casa, en realidad, no era mi casa, sino, más bien, un magnífico edificio alquilado en el que, en el sueño, había alojado a los Seligmann. Desde una calle lateral, cerca del portal de la casa, una mujer venía hacia mí apresurada. Cuando pasó a mi lado, con el mismo ímpetu con el que caminaba, susurró: “¡voy a tomar el té, voy a tomar el té!”. No me dejé llevar por la tentación de ir tras ella pero, en cambio, entré a la casa de S., donde no tardó en desarrollarse una escena incómoda en la que el niño de la casa me agarró la nariz. Con firmes y decididas palabras de protesta, di un portazo al salir. Apenas estuve afuera, la misma mujer vino apresurada por la misma calle y pronunció las mismas palabras al pasar a mi lado. Esta vez, sí la seguí. Para mi gran decepción, no permitió que le hablara, marchaba apresurada, manteniendo la velocidad, por un callejón algo empinado. Se detuvo frente a una reja de hierro donde se incorporó con familiaridad a un grupo de prostitutas que claramente se encontraban frente a su prostíbulo.

No muy lejos, un policía hacía su turno. Me desperté en medio de esa situación incómoda. Más tarde, recordé que la atractiva blusa de seda con extrañas rayas de la mujer resplandecía en verde y violeta: los colores del Fromms Act [marca de condones].

Otro sueño (este en Berlín, en algún momento antes del viaje):

Iba con Jula en una especie de caminata de montaña y paseo, y nos acercábamos a la cumbre. Por extraño que parezca, quería corroborarlo por un poste muy alto que chocaba oblicuo con el cielo y que, alzándose contra la pared rocosa que sobresalía, los atravesaba. Cuando llegamos a la cima, no era un pico, sino más bien una altiplanicie por la que pasaba una calle ancha, formada a ambos lados por casas antiguas bastante altas. Me parece que, de repente, ya no estábamos caminando, sino íbamos sentados en la parte trasera, uno al lado del otro, de un auto que iba por esa calle; tal vez, mientras estábamos en él, el auto cambió de dirección. Luego me incliné hacia Jula para besarla. No me ofreció su boca sino su mejilla. Y mientras la besaba, noté que

esa mejilla de marfil estaba atravesada en toda su longitud por artísticas líneas negras que me impresionaron por su belleza.

Sueño (1)

Los O...s me mostraban su casa en las Indias Orientales Neerlandesas. La habitación en la que nos encontrábamos estaba revestida de madera oscura y daba la impresión de prosperidad. “Esto no es nada”, dijeron mis guías. Lo que debía admirar era la vista desde el primer piso. Pensé en el vasto mar, que estaba cerca, así que subí las escaleras. Ya arriba, me paré frente a una ventana. Y miré hacia abajo. Ante mis ojos estaba esa cálida y acogedora habitación revestida de madera que acababa de abandonar hace un momento.

Sueño (2)

Berlín. Iba en un carruaje en compañía de unas chicas de dudosa procedencia. De repente, oscureció. “Sodoma”, dijo una señora mayor con sombrero kapott que de la nada nos acompañaba. Llegamos al área restringida de una estación de trenes, donde las vías salían hacia el exterior. Allí, se desarrollaba un juicio. Los querellantes estaban sentados en los extremos opuestos de la calle, sobre el pavimento. Hablé de la gran luna pálida en el cielo como un símbolo de la justicia. Después era parte de un pequeño grupo de expedición que descendía por una rampa, similar a las que tienen las estaciones de carga (yo seguía en el área restringida de la estación). Paramos frente a un riachuelo, que fluía entre dos cordones convexos cubiertos de azulejos de porcelana que, más bien, flotaban –cedían como boyas a la presión del pie– en lugar de estar firmes. No estaba seguro si el cordón del otro lado era realmente de porcelana. Me parece que eran de vidrio. En todo caso, estaban completamente llenos de flores que salían como bulbos de recipientes esféricos de vidrios multicolores, y chocaban entre sí en el agua,

como boyas. Pasé al otro lado. Al mismo tiempo, escuchaba las explicaciones de un funcionario menor que nos guiaba. Según decía, en ese canal, los suicidas, los pobres que no tienen nada más que una flor –que sostienen entre los dientes–, se quitan la vida. Una nueva luz iluminaba las flores. Un Aqueronte, se podría pensar. Pero en el sueño, no se dijo nada. Me indicaron en qué parte debía poner el pie al regresar. En esa parte, la porcelana era blanca y estaba gastada. Entre conversaciones, regresamos desde las profundidades de la estación de carga. Mencioné el extraño diseño de los azulejos que todavía pisábamos y la posibilidad de aprovecharlos para una película. Pero no se permitía hablar de tales proyectos en público. De repente, un niño harapiento vino hacia nosotros desde abajo. Los demás ni lo miraron y lo dejaron pasar, solo yo metí febrilmente las manos en mis bolsillos, deseando encontrar una moneda de cinco marcos. No apareció. Cuando pasó frente a mí –porque no se detuvo– le ofrecí una moneda de menor valor y me desperté.

*Carta a la pintora holandesa Toet Blaupot ten Cate
(1902-2002), verano de 1934*

[...] mi verano también contrasta notablemente con el anterior. En ese momento, me era imposible levantarme lo suficientemente temprano –algo que, por lo general, es sinónimo de una existencia plena–. Ahora no solo duermo más, sino que los sueños también tienen un efecto más persistente y, a menudo, vuelven durante el día. En los últimos días, como arquitecturas vívidas y hermosas, vi a B. y a Weigel como dos torres o estructuras parecidas a puertas, que se bamboleaban por la ciudad. Pero la marea de este sueño que golpea con tanta fuerza contra el día es movida, como el mar, por la atracción de la luna, por la fuerza de tu imagen. Tu ausencia me afecta más de lo que puedo expresar y, lo que es más significativo, más de lo que podría haberme imaginado.

El tiempo y la distancia también aclararon y afianzaron lo que pienso sobre mi vínculo con vos. Siento la necesidad de tu cercanía, cuya anticipación gobierna el ritmo de mis días y mis pensamientos, pero que no podría manifestarse así si no hubiera

también una parte tuya en ellos. Estoy más seguro de esto ahora que hace un año. Por el momento, hoy, te hago una propuesta: organicémonos de manera que, antes de escribirnos, uno no espere siempre la respuesta del otro. Entre carta y carta, pasan dos semanas, un tiempo muy largo, cuya tensión, a veces, para mí se vuelve insoportable. Nuestros pensamientos no se perderán aunque nuestras cartas se crucen.

Y si, alguna vez, esta certeza nos une, no importa lo que pase después.

Movido por tu imagen lunar.

Diario 1938

6 de marzo. Durante las últimas noches tuve sueños que marcan con fuerza el día. Esta noche soñé que estaba en una recepción. Me trataban con una amabilidad que (creo) consistía, sobre todo, en que las señoras se interesaban por mí, incluso hacían elogios sobre mi persona. Recuerdo haber dicho en voz alta: “ahora no me queda mucho tiempo para vivir”, como si se tratara del último testimonio de amistad por parte de alguien que se despide para siempre.

Luego, justo antes de despertar, estaba en compañía de una dama en las salas de Adrienne Monnier. En ellas, se había montado una exposición de objetos que no puedo recordar bien. Entre otras cosas, había libros miniados y platos o arabescos de hierro forjado, que parecían esmaltados.

Las salas estaban en la planta baja y daban a la calle, desde la cual se podía ver hacia adentro a través de un gran ventanal. Yo estaba adentro. Estaba claro que la señora que me acompañaba había tratado a sus dientes durante mucho tiempo según la técnica

que la exposición promovía. Había producido en ellos un reflejo opalescente, de un verde y azul mate. Me esforcé por hacerle entender de la manera más cortés posible que ese no era el mejor modo de aprovechar el material. Anticipándose a mis pensamientos, ella señaló que el interior de sus dientes estaba revestido de rojo. De hecho, yo había querido decirle que, para los dientes, los colores más intensos apenas eran lo suficientemente fuertes.

Estuve sufriendo mucho los ruidos de mi habitación. Anoche, el sueño retuvo esa sensación. Me encontraba frente a un mapa y, al mismo tiempo, dentro del paisaje que representaba. El paisaje era terriblemente desolado y yermo, no sabría decir si su estado de abandono era el de desoladas tierras rocosas o simplemente el de un fondo gris, vacío, poblado solo por letras de palo seco. Esas letras se curvaban sobre su fondo como si siguieran el contorno de un paisaje montañoso. Las palabras que formaban estaban bastante separadas entre sí. Sabía (o me enteré) que estaba en el laberinto del canal auditivo. Sin embargo, ese mapa también era el del infierno.

28 de junio. Estaba en un laberinto de escaleras. El laberinto no siempre estaba cubierto. Subí. Otras escaleras llevaban hacia abajo. En un rellano, me di cuenta de que había llegado a una cumbre. Desde allí, se abría un amplio paisaje. Vi a otras personas paradas en otras cimas. De repente, una de ellas fue víctima del vértigo y se cayó. Ese vértigo se extendió: otras personas cayeron desde otras cimas hacia el abismo. Cuando también estuve preso de esa sensación, me desperté.

BW
BUCHWALD
EDITORIAL